

Bibliografía: AVP, I, pp. 290-292, 463-474 y II, 409-416; CECH, pp. 133-137; Félix CARMONA MORENO, O.S.A., *Apuntes de Ejercicios Espirituales con san Josemaría Escrivá*, San Lorenzo de El Escorial, Ediciones Escurialenses, 2004²; José Antonio LOARTE, “La predicación de san Josemaría. Descripción de una fuente documental”, *SetD*, 1 (2007), pp. 221-231; Francisco VIVES UNZUÉ, “Retiros espirituales”, en *GER*, XX, pp. 176-178.

José Antonio GARCÍA-PRIETO SEGURA

ROMA (1946-1956)

1. Primeros pasos en la Ciudad Eterna.
2. El itinerario hacia la aprobación pontificia.
3. Asentando la sede del Opus Dei en Roma.
4. Los primeros años de la Región de Italia.
5. Expansión por el mundo.
6. La formación de los miembros del Opus Dei.
7. Desarrollo general e institucional del Opus Dei.

El encuentro de san Josemaría Escrivá de Balaguer con Roma tuvo lugar en 1946. Amaba a su país de origen, pero como católico se sentía universal y, por lo tanto, romano, muy unido a la ciudad que es el centro del catolicismo, la sede de Pedro. Le llevaba a Roma la misión recibida el 2 de octubre de 1928: dar vida al Opus Dei, en servicio de la difusión de la llamada universal a la santidad y al apostolado. En la Urbe iba a residir veintinueve años, hasta su muerte acaecida en junio de 1975.

1. Primeros pasos en la Ciudad Eterna

San Josemaría consideró desde antiguo que debía trasladarse a Roma, pero lo hizo tal vez antes de lo que había previsto. Acudió cuando su más estrecho colaborador, don Álvaro del Portillo, que se había desplazado allí en 1946 para gestionar la aprobación pontificia del Opus Dei, escuchó de labios de una personalidad de la Curia la siguiente afirmación: “Llegan ustedes con un siglo de anticipación”. Debido a la novedad de su espíritu, la Obra

no tenía un acomodo jurídico claro en el *Código de Derecho Canónico* entonces vigente y para abrir camino era necesario un empeño grande. Don Álvaro escribió a España solicitando la presencia del fundador en Roma. Ese era, argumentó, el único modo de seguir adelante con el *iter* o camino jurídico, algo que se concluiría muchos años después, en 1982, con la erección del Opus Dei en prelatura personal.

A pesar de padecer una enfermedad grave, el fundador decidió hacer el viaje después de haberlo consultado con el Consejo General del Opus Dei. El viaje de san Josemaría resultó difícil debido a una fuerte tempestad marítima que se abatió sobre el barco en el que se desplazaba de Barcelona a Génova. Al día siguiente de su llegada, tras haberse detenido únicamente para celebrar la santa Misa, continuó viaje en automóvil hasta Roma, donde entró por la Via Aurelia la tarde del 23 de junio de 1946. Aunque llegó muy cansado, san Josemaría quiso pasar esa primera noche en oración, en la terraza de un piso alquilado en la plaza de la Città Leonina, junto a los muros vaticanos, contemplando los apartamentos pontificios y rezando por el papa Pío XII. El fundador del Opus Dei rezaba desde hacía muchos años la jaculatoria *Omnes cum Petro ad Iesum per Mariam!* (*¡Todos con Pedro, a Jesús, por María!*). Y con una gran seguridad, que mantuvo también en momentos de incompreensión y dificultades, no vaciló en escribir: “Me siento romano. Roma, para mí, es Pedro. (...) de Roma, del Papa, no puede venirme más que la luz y el bien” (AVP, III, pp. 98-99).

La ciudad de Roma, tal y como la conoció san Josemaría en el verano de 1946, no carecía de problemas. En los años treinta había vivido importantes trabajos de edificación, sobre todo la construcción de la via della Conciliazione, que hizo desaparecer un barrio medieval. Los barrios pobres habían sido desplazados hacia la periferia, cada vez más desvinculados del centro, de

modo que no oscurecieran la grandeza de una ciudad pensada como capital de un imperio. Después de la Segunda Guerra Mundial, las normas urbanísticas que tendían a evitar que la población se concentrara en Roma fueron abolidas y muchas personas de Italia central y meridional buscaron trabajo y vivienda en esta ciudad. En parte por este motivo, Roma sufrió problemas de alimentación y alojamiento durante algún tiempo. Los grandes patrimonios de las familias de la nobleza histórica habían decrecido, como consecuencia de la inflación y de la disminución de los alquileres y de las rentas de las fincas rústicas. Y la ciudad no tenía vocación industrial; sus principales fuentes de trabajo provenían del sector turístico y de la Administración pública. La inestabilidad política, que duró hasta las elecciones de abril de 1948, creó en algunos momentos situaciones de inseguridad que hacía difícil establecer programas de reconstrucción social. No todo, sin embargo, era problemático, y la gran urbe romana acogió a san Josemaría con la majestuosidad de sus monumentos y la espontaneidad de sus habitantes.

2. El itinerario hacia la aprobación pontificia

La llegada a Roma de san Josemaría aceleró el estudio de la forma en la que podía ser reconocida jurídicamente la realidad espiritual y pastoral del Opus Dei. Mons. Montini y otras personalidades de la Curia acogieron amablemente a san Josemaría y reconocieron la autenticidad del carisma que había recibido, pero los problemas jurídicos que planteaba el Opus Dei eran considerables. Eran muchos los canonistas que, orgullosos de que en 1917 se hubiera llevado a término la codificación del Derecho Canónico, se resistían a aceptar lo que no entrara en ese marco. Y en la Curia no todos alcanzaban a comprender la urgencia que sentía el fundador del Opus Dei, que, consciente de que debía responder ante Dios de la misión que le

había conferido al darle a conocer la Obra, aspiraba a cubrir etapas. La Curia de aquel tiempo tenía un ritmo lento. Uno de los términos utilizados con frecuencia era el *dilata*, es decir, dar tiempo para que las cosas se resolvieran por sí mismas.

A la primera noche de oración de san Josemaría en Roma le siguieron su visita a la Basílica de san Pedro y la recitación del Credo frente al altar de la Confesión como acto de fe en la presencia de Dios en su Iglesia. Enseguida comenzó a relacionarse y a trabajar, contando siempre con la ayuda de su principal colaborador, Mons. Álvaro del Portillo, que tenía grandes capacidades diplomáticas. San Josemaría comentó alguna vez que “en Roma había perdido la inocencia”, es decir, la tendencia a pensar que el bien de las almas y la ayuda a la Iglesia iban a ser comprendidos inmediatamente y seguidos de un rápido reconocimiento eclesial. Pero los retrasos no le desanimaron.

El modo de trabajar de Escrivá de Balaguer fue riguroso, sistemático y prudente: se informaba de la praxis seguida en casos análogos, resolvía los problemas, explicaba lo que fuera necesario sin dilaciones, es decir, trabajaba con eficacia. Comentó entonces que “en Roma he aprendido a esperar, que no es poca ciencia” (AVP, III, p. 61). El fundador del Opus Dei encontró un buen interlocutor en el P. Arcadio Larrona, claretiano, que era consultor de la Congregación para los Religiosos. El 24 de febrero de 1947, unas semanas después de la promulgación de la Const. Ap. *Provida Mater Ecclesia*, el Opus Dei recibió el *Decretum laudis* con el que era reconocido por la Santa Sede.

El 16 de junio de 1950, fiesta del Sagrado Corazón, el Opus Dei recibió la aprobación definitiva de la Santa Sede mediante un decreto que comenzaba con las palabras *Primum inter*. Pasaba a ser un Instituto Secular, una nueva forma canónica creada entonces para las “sociedades clericales o laicales, cuyos miembros, para

adquirir la perfección cristiana y ejercer plenamente el apostolado, profesan en el mundo los consejos evangélicos” (Const. Ap. *Provida Mater Ecclesia*, 1). Esta figura jurídica no era adecuada al carisma que san Josemaría había recibido de Dios, pero por entonces no se podía obtener más. En todo momento se esforzó para hacer entender que el Opus Dei no era el último eslabón en la historia de las órdenes y congregaciones religiosas y, por tanto, asimilable a ellas; era una realidad nueva, formada por personas decididas, con la gracia de Dios, a santificar su trabajo, su familia y las demás actividades seculares; también el descanso, el deporte o el espectáculo. Su motor propio provenía del sacerdocio común de todos los fieles bautizados, idea que sería subrayada años después en el Concilio Vaticano II.

A pesar de la aprobación pontificia, en los años sucesivos el Opus Dei sufrió serias amenazas. Algunas familias de jóvenes italianos que se habían acercado a la Obra escribieron al Papa una carta en la que decían que el Opus Dei alejaba a los jóvenes de sus padres. San Josemaría consagró el Opus Dei a la Sagrada Familia de Nazaret el 14 de mayo de 1951; el problema se resolvió. Poco después surgió una segunda contrariedad: un proyecto para excluir al fundador de la dirección de la Obra y dividirla en dos instituciones independientes: una para los varones y otra para las mujeres. Se convertiría así en dos institutos independientes. El proyecto, del que san Josemaría tuvo noticia por la intervención del arzobispo de Milán, el beato Alfredo Ildefonso Schuster, no siguió adelante gracias a su oración y a la firmeza de su reacción. Esta “contradicción de los buenos” amainó una vez que san Josemaría escribió al papa Pío XII una carta en marzo de 1952. Con anterioridad, san Josemaría había consagrado el Opus Dei al Corazón Dulcísimo de María el 15 de agosto de 1951; y después lo consagró al Sagrado Corazón de Jesús el 26 de octubre de 1952.

3. Asentando la sede del Opus Dei en Roma

Uno de los primeros consejos recibidos por san Josemaría fue que adquiriera una casa en Roma para fijar allí la sede central del Opus Dei: esta circunstancia podría facilitar la obtención del reconocimiento canónico de una nueva institución. En un primer momento, y durante bastantes meses, el fundador del Opus Dei y quienes le acompañaban vivieron en un pequeño apartamento de la plaza de la Città Leonina, cerca de la Basílica de san Pedro, pero esa situación no podía mantenerse y había que buscar otra sede. Los inmuebles que se vendían en Roma, dada la situación política y económica, eran numerosos, pero hacía falta tener el dinero suficiente para comprarlos. Tampoco España, desde donde podía venirle ayuda económica, atravesaba un periodo de opulencia, en parte como consecuencia de las dificultades producidas por el aislamiento internacional, que era debido a su régimen político.

No obstante el fundador del Opus Dei se lanzó a la aventura. Un abaratamiento en el precio de las viviendas le permitió adquirir una *villa* en el barrio de Parioli, en la calle de Bruno Buozzi, esquina a la de Villa Sacchetti, que reunía condiciones, también de espacio y edificabilidad, para convertirse en la sede central del Opus Dei. Esa residencia había sido hasta entonces la Embajada de Hungría ante la Santa Sede. San Josemaría la llamó Villa Tevere. Durante algunos meses, algunos funcionarios de la Embajada permanecieron en ella de modo abusivo. San Josemaría y los miembros del Opus Dei tuvieron que vivir en el pequeño edificio de la portería del inmueble –al que se dio el nombre algo exagerado de Pensionato–, aprovechando el espacio para utilizar el local lo mejor posible. Fue un tiempo difícil, llevado con alegría.

A partir de 1948 la estabilidad política –las elecciones otorgaron la mayoría a la Democracia Cristiana– facilitó el desarrollo

del país. La ciudad de Roma conoció la actividad de los *palazzinari*, empresas constructoras que procedían según el gusto del racionalismo arquitectónico, que tendía a agrupar las viviendas en grandes edificios, concediendo poco espacio a zonas verdes y a los servicios sociales. También san Josemaría se veía abocado a tareas de edificación, ya que, apenas le fue posible, afrontó la ampliación de Villa Tevere. Pero impulsó el trabajo con un gusto muy distinto al de las tendencias arquitectónicas del momento. Deseaba que se construyeran edificios que utilizaran materiales duraderos y de estilo clásico, de forma que después de algunos años, con la pátina que el tiempo deposita sobre las cosas, se integraran en el paisaje urbanístico de la Ciudad Eterna. En marzo de 1948, viajó a España y buscó dinero para los gastos que ocasionaba Villa Tevere. Estaba gravemente enfermo de diabetes y además había tenido una parálisis facial a *frigore*, de la que se recuperó.

La reestructuración de los edificios de Villa Tevere llevó consigo un fuerte desgaste de energías a don Álvaro del Portillo. Cada sábado tenía que pagar a los trabajadores, por lo que cada lunes comenzaba a buscar los fondos necesarios. La mayor parte de las ayudas pudieron venir de España, donde había más fieles y benefactores del Opus Dei, aunque muy pronto también pudieron aportar los nuevos países en los que comenzaba a implantarse la Obra. En 1955, la empresa de construcción del ingeniero Leonardo Castelli firmó la remodelación de los edificios que componen Villa Tevere, ofreciendo la posibilidad de pagar el importe de los trabajos de modo fraccionado, lo que alivió la presión económica a la que estaban sometidos san Josemaría y don Álvaro del Portillo.

Villa Tevere no fue el único proyecto de construcción romano de san Josemaría. En Castel Gandolfo, junto a la residencia de los papas, Pío XII puso a su disposición una *villa* que se destinó primero a casa de

retiros y luego a sede del Colegio Romano de Santa María; las mujeres de la Obra podían realizar sus estudios de filosofía, teología y de pedagogía, además de formarse en el espíritu católico del Opus Dei.

Con anterioridad a los hechos recién mencionados, ya desde el mismo momento de su llegada a la Urbe, san Josemaría sintonizó con Roma, y también con su arquitectura. Su descanso muchas veces consistía en caminar un poco, recorriendo la Urbe de arriba a abajo, lo que, además de contribuir a su salud, le permitió encontrar ideas para la construcción y ornamentación de Villa Tevere; y en visitar anticuarios y comprar diversos objetos –entonces vendidos a bajo precio– con los que decorar los edificios que se proyectaban. Pero sus principales salidas por la ciudad –o a lugares del entorno de Roma– fueron las visitas a muchas iglesias para rezar ante las imágenes de la Virgen, en particular la *Salus Populi Romani* en la Basílica de Santa María la Mayor, la del Divino Amore, o, ya más lejos de Roma, la de Pompei. San Josemaría tenía gran devoción a los primeros cristianos, a los que con frecuencia había puesto como ejemplo de santificación de los deberes ordinarios; la estancia en Roma y la visita a alguna de las catacumbas hicieron más viva esa devoción. Años más tarde, tuvo la alegría de que la Santa Sede confiara a la Obra la custodia de unas catacumbas, las de San Alejandro, en la Vía Nomentana.

4. Los primeros años de la Región de Italia

Roma, y dentro de Roma Villa Tevere, fue no sólo la residencia de san Josemaría, sino también el escenario de los primeros pasos de la labor del Opus Dei en Italia. La labor apostólica se había iniciado años antes con la llegada de algunos miembros a Roma, a comienzos de los años cuarenta, por razones de estudios y con la intención de dar a conocer la Obra a los organismos de la Curia vaticana. Al mismo tiempo, ha-

bían comenzado a tratar a compañeros de universidad; de ahí vino una de las primeras personas provenientes de fuera de España que se incorporaron a la Obra: el croata Vladimir Vince.

Fue en 1948 cuando llegaron al Opus Dei los primeros italianos, como, entre otros, Francesco Angelicchio, Renato Mariani, Luigi Tirelli y Umberto Farri. En un primer momento acudían a Villa Tevere, al Pensionato, pero el reducido espacio hizo pronto urgente dar nuevos pasos. El fundador del Opus Dei les puso, en tono de broma, pero con ese optimismo y esa fuerza con que siempre impulsó la labor, un *ultimatum*: si no deseaban vivir debajo de un puente del río Tíber, tenían que encontrar una vivienda de acuerdo con sus necesidades. Pronto localizaron una casa en el barrio de Prati, en la calle Orsini.

Junto al trato con eclesiásticos romanos, san Josemaría inició muy pronto viajes a diversas ciudades italianas para visitar a los obispos diocesanos y darles a conocer la Obra, preparando así la aprobación del Opus Dei, que vino en 1950, y también la expansión de la labor apostólica. Por esos mismos años, algunos de los miembros italianos del Opus Dei, estudiantes universitarios, empezaron a trasladarse durante los fines de semana a las principales ciudades italianas para conocer a personas dispuestas a participar en el trabajo apostólico de la Obra. Como resultado de estos viajes, fue posible abrir algunos Centros en Palermo y Milán a finales de 1949. También, en ese mismo periodo, algunas mujeres se incorporaron al Opus Dei: Gabriella Filippone, Mirella Marcolongo, Anna Maria Notari en Roma; Linda Battaglia, Rossanna Re y Teresa Acerbis en Milán; Mara Pagano, Sofia Varvaro y Rita Di Pasquale en Palermo.

Mientras tanto, la sociedad italiana continuaba creciendo. El nivel de vida aumentaba y el desarrollo tecnológico exigía una competencia profesional que, en muchos casos, sólo las universidades esta-

ban en condiciones de ofrecer. Durante todo el decenio de 1950 bastantes jóvenes se veían obligados a transferirse a sedes universitarias lejanas de la vivienda familiar. San Josemaría, que tenía ya una larga experiencia en residencias universitarias, sugirió la creación, también en Italia, de residencias que reflejaran el espíritu del Opus Dei, es decir, que no se limitaran a ofrecer alojamiento, sino que dieran vida a un ambiente de familia y promovieran la formación humana, cultural y espiritual. De hecho se iniciaron pronto, primero con proporciones modestas, pero con aspiraciones a crecer, como ocurrió no mucho después: en 1952 en Nápoles; en 1955 en Catania; y en 1956 en Bolonia.

5. Expansión por el mundo

Una de las características de la magnanimidad de san Josemaría fue la capacidad de concebir grandes proyectos que mantuviesen al mismo tiempo un sólido contacto con la realidad concreta, de modo que se pudieran llevar a cabo con perfección humana. Como el Opus Dei no era una invención suya, sino un deseo expreso de Dios, era necesario que se expandiera por todo el mundo. Ya en 1936 había previsto comenzar la Obra en París, ciudad que muchos consideraban por entonces la capital de la cultura. La Guerra Civil española, y la Guerra Mundial después, frenaron esos deseos. Terminada la Guerra Mundial, se relanzó la expansión internacional.

En 1945 había comenzado la labor en Portugal. En 1949, el propio san Josemaría hizo un largo viaje por Europa Central, realizando, mediante sus visitas y su oración, la "prehistoria" de la labor de la Obra en toda esa zona. En Europa, se inició la labor no sólo en Irlanda (1947), en la que existía un catolicismo vibrante, sino también, e incluso antes, en países donde, por diversos motivos, podía pensarse que el arraigo de los apostolados fuera más difícil: Inglaterra (1946), Francia (1947), Alemania (1952),

Suiza (1956). En 1948 san Josemaría envió a uno de los primeros miembros del Opus Dei, Pedro Casciaro, que había sido ordenado sacerdote en 1946, a América, para visitar diversos países tanto del norte como del sur de ese continente y considerar las posibilidades de la implantación del Opus Dei. Muy poco después (1949), la Obra comenzó a estar presente en México y en los Estados Unidos, país que había asumido la guía del mundo libre. Casi enseguida siguieron otras naciones: Argentina y Chile (1950), Colombia y Venezuela (1951), Guatemala y Perú (1953), Ecuador (1954) y Uruguay (1956).

A la vuelta de pocos años, a más de la mitad de los países de Europa Occidental y de América habían llegado hombres y mujeres del Opus Dei que buscaron trabajo allí y se hicieron, al menos de espíritu, ciudadanos de sus nuevas naciones, con la ilusión de extender a todas ellas la llamada a la santificación en el trabajo profesional, en la investigación científica, en la vida del hogar, en el deporte y en tantos otros ambientes.

6. La formación de los miembros del Opus Dei

En el mes de junio de 1948, antes de que la expansión se produjera, san Josemaría decidió erigir el Colegio Romano de la Santa Cruz, pensando ya en que iba a acoger a jóvenes del Opus Dei provenientes de todo el mundo, que acudirían a Roma para completar sus estudios de filosofía, teología y derecho canónico en las diversas universidades pontificias; algunos de los cuales, después de acabar sus estudios, recibirían la ordenación sacerdotal y se trasladarían a los países en los que estaba implantada, o fuera a comenzar, la Obra. El 12 de diciembre de 1953 erigió el Colegio Romano de Santa María, destinado a la formación de las mujeres de la Obra para fortalecer su unión con Dios y para prepararlas para una fecunda acción apostólica.

Ese sueño pronto se hizo realidad. Ya desde fines de la década de 1940 y en la primera mitad de la de 1950 acudieron a Roma muchos de los primeros y primeras de esas diversas nacionalidades: Estados Unidos, México, Inglaterra, Perú, Chile, Argentina, Francia, Portugal, Suiza, Alemania, Venezuela. El desarrollo de las obras en Villa Tevere –se habían levantado dos pisos en el primitivo edificio y uno nuevo en la calle de Villa Sacchetti, destinado a las mujeres– permitió acogerlos, aunque, ciertamente, no sin estrecheces.

Esta situación motivó que san Josemaría buscara un sitio en el que pudieran descansar durante el verano quienes estudiaban en el Colegio Romano de la Santa Cruz. El sector agrícola estaba en pleno proceso de mecanización y bastantes propietarios de tierras, temiendo las oscilaciones económicas que podrían provocar los cambios de gobierno que se producían, eran propicios a venderlas. Sea por esos motivos, sea por otros, el hecho es que don Álvaro del Portillo tenía un amigo que vendía un millar de hectáreas cerca del pueblo de Terracina, en el litoral tirrénico. La propiedad, que se llamaba Salto di Fondi, se consiguió mediante un préstamo bancario y un reparto de las tierras, en condiciones ventajosas, a trescientas familias de campesinos que trabajaban esa tierra, ayudándolas de este modo a la gestión de su propiedad. La parte de tierra que quedaba fue adaptada como granja modelo, con proyectos agrícolas que se financiaron con los bienes producidos. La iniciativa fue elogiada por la Santa Sede, que vio en ella una aplicación concreta de la doctrina social de la Iglesia en el sector agrícola. Por lo demás, Salto di Fondi no sólo sirvió como lugar de descanso, sino que además permitió que quienes vivían allí tuvieran alimentos frescos del campo y a un coste accesible, en una época en la que aún no había llegado el *boom* económico y se notaba la carestía de algunos alimentos básicos.

La adquisición de Salto di Fondi provocó el traslado a Roma de la hermana de san Josemaría, Carmen, que había continuado viviendo en España. La finca de Salto di Fondi contaba, además de los terrenos agrícolas, con algunas edificaciones, especialmente una *villa* de buena factura, pero que era necesario acondicionar. Para la primera fase de acondicionamiento, y en espera de que pudieran hacerse cargo las mujeres del Opus Dei, san Josemaría pensó en su hermana Carmen, que aceptó trasladarse a Italia con ese fin. Una vez terminadas las obras de la *villa* de Salto di Fondi, Carmen decidió residir en Roma, cerca de su hermano, en via degli Scipioni. Allí permaneció hasta el día de su muerte, el 20 de junio de 1957.

Por lo demás, a lo largo de estos años, y en los sucesivos, san Josemaría continuó afrontando lo que llamaba la “batalla de la formación”, es decir, el empeño para dotar a los fieles del Opus Dei de un conocimiento de la fe y de la moral cristiana que les permitiera santificar sus tareas profesionales y sociales, y dio indicaciones para que la docencia que se impartía, tanto en los Colegios Romanos como en los *Studia Generalia* existentes en los diversos países, se desarrollara en una actitud de adhesión al Magisterio y a la Tradición, dejando claro a la vez que el Opus Dei no crea una escuela o un pensamiento teológico propio, sino que hace suya la doctrina de la Iglesia; orientación importante en momentos en los que –como ponía de manifiesto la publicación por Pío XII de la Cart. Enc. *Humani generis* (1950)– estaban presentes fermentos de crisis, que se harían más patentes en años posteriores.

7. Desarrollo institucional y general del Opus Dei

En 1952, y sobre todo a partir de las elecciones de 1953, el panorama político italiano se complicó. Alcide De Gasperi, que era el presidente del gobierno desde 1948, tuvo que dejar el cargo. Se inicia-

ba una etapa diversa, no exenta de oscilaciones. Pero ni esos cambios, ni otros parecidos que ocurrieron en otros países, afectaron al crecimiento del Opus Dei, que continuó desarrollándose en Italia y extendiéndose, como antes dijimos, a otros países. El 2 de octubre de 1953, san Josemaría celebró en Molinoviejo, casa de retiros situada en España, los primeros veinticinco años de vida del Opus Dei. Lo hizo sin manifestaciones externas, recogido en oración y acompañado de un pequeño grupo de hijos suyos. En esa fecha existían Centros del Opus Dei en España, Italia, Portugal, México, Inglaterra, Irlanda, Estados Unidos, Chile, Argentina, Colombia y Venezuela.

El 27 de abril de 1954, fiesta de la Virgen de Montserrat, le fue recetado a san Josemaría, enfermo de diabetes desde hacía varios años, un nuevo tipo de insulina de efectos retardados. Después de la inyección prescrita, pasó al comedor. De pronto se sintió muy mal, tanto que pareció que estaba en trance de muerte. Poco antes de que perdiera del todo el conocimiento, don Álvaro le administró, a petición suya, la absolución. Gracias a Dios, pronto recuperó el sentido, con la novedad de que, después de ese ataque, se curó de la diabetes, si bien permanecieron algunas secuelas.

En 1953 se había instalado en Roma la Asesoría Central, el órgano de gobierno de las mujeres del Opus Dei, que hasta ese momento había estado en Madrid. En 1956, san Josemaría convocó el Segundo Congreso Ordinario del Opus Dei con el fin de ver la marcha de los apostolados en todo el mundo y continuar con el estudio del estatuto jurídico de la Obra en la Iglesia. Los trabajos tuvieron lugar en Einsiedeln, Suiza, en un centro de reuniones situado junto al santuario mariano de esa localidad. Allí se decidió que el Consejo General de la Obra, que hasta entonces había estado dividido entre Madrid y Roma, pasase por entero a Roma.

Esta plena instalación del gobierno pastoral en su sede romana pudo llevarse a cabo gracias a la expansión de la Obra –tanto en el Consejo General como en la Asesoría Central estaban ya presentes personas de diversas nacionalidades–, pero también debido al mencionado crecimiento de los edificios de Villa Tevere, todavía no completado –no lo estaría hasta 1960–, pero suficientemente avanzado como para hacer posible la instalación de la totalidad de los componentes de esos organismos. Asimismo se comenzaron a organizar las oficinas auxiliares del Consejo y de la Asesoría, y el propio san Josemaría estuvo en condiciones de trabajar con una mayor disponibilidad de medios, de acuerdo con lo que requería la tarea que como fundador y presidente general del Opus Dei le correspondía.

Si hacemos un balance del trabajo realizado por san Josemaría en el curso de sus primeros diez años romanos (1946-1956), se observa que impulsó una amplia gama de actividades. Consiguió en 1950 el pleno reconocimiento por parte de la Santa Sede para el Opus Dei y para su espíritu, aunque fuera con una figura jurídica no adecuada y destinada a cambiar. Impulsó la expansión del apostolado promoviendo la labor estable del Opus Dei en la casi totalidad de los países de Europa Occidental y de América. Puso en marcha la sede central, instrumento material absolutamente necesario para el desarrollo del Opus Dei y su gobierno pastoral. Creó dos centros formativos, los dos Colegios Romanos, que hicieron posible la estancia, durante amplios periodos de formación, de fieles del Opus Dei, varones y mujeres de las más variadas partes del mundo. Impulsó la promoción de un elevado número de obras e iniciativas apostólicas por todo el mundo, entre las que cabe destacar la Universidad de Navarra, con sede en Pamplona (1952). Todo esto con una dedicación intensa, pero sin estridencias, de acuerdo con el estilo o modo de trabajar, que predi-

có y procuró vivir: “el bien no hace ruido y el ruido no hace bien”.

Voces relacionadas: Colegio Romano de la Santa Cruz; Colegio Romano de Santa María; Expansión apostólica del Opus Dei: Visión sintética; Italia; Itinerario jurídico del Opus Dei; Pablo VI; Pío XII; Santuarios y lugares marianos, Peregrinaciones de san Josemaría a; Viajes apostólicos.

Bibliografía: AVP, III, pp. 61, 74-75, 98, 111 ss., 244-246, 258-260; IJC, *passim*; Cosimo Di FAZIO, *Le visite mariane di San Josemaría nella Città Eterna. Itinerari di contemplazione*, Roma, Irìde per il Terzo Millennio, 2010; Bruno MASTROIANNI, *San Josemaría. Una biografía per immagini del Fondatore dell'Opus Dei*, Torino, Lindau, 2011; JAVIER MEDINA BAYO, *Álvaro del Portillo. Un hombre fiel*, Madrid, Rialp, 2012; Lorenzo REVOJERA, *San Josemaría in terra lombarda. Con lo sguardo alla Madonnina 1948-1973*, Milano, Ancora, 2011; Vittorio VARVARO, *La breve vita di Sofia. Una ragazza dell'Opus Dei*, Milano, Ares Edizioni, 2008.

Alberto TORRESANI

ROMA (1956-1965)

1. Labor de gobierno pastoral.
2. El estatuto jurídico del Opus Dei.
3. La difusión internacional del Opus Dei.
4. Los Centros del Opus Dei en Roma.
5. La relación con los papas, obispos y la Curia romana.
6. Viajes fuera de Roma.

Mons. Josemaría Escrivá de Balaguer se trasladó a vivir a Roma en 1946 y allí permaneció hasta su muerte, acontecida en 1975. Excepto en los primeros momentos, habitualmente residió en la calle Bruno Buozzi, situada en el barrio residencial de Parioli. Entre 1956 y 1965 pasó en Roma la mayor parte de su tiempo.

En aquellos años la ciudad experimentó un notable crecimiento demográfico: la población pasó de 1.576.376 habitantes en 1951 a 2.043.055 en 1961, para sobrepasar los 2.400.000 en 1965. Este incre-

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.